

GENETICA Y CLASES SOCIALES

L A vieja discusión científica acerca de la influencia genética, por un lado, y de los factores adquiridos, por otro, en la «calidad» del individuo, en su destino y en su situación dentro de la sociedad y sus diferentes estamentos, no sólo está sin resolver, sino que, a luz de los últimos trabajos (científicos) sobre el tema, aparece cada vez más confusa.

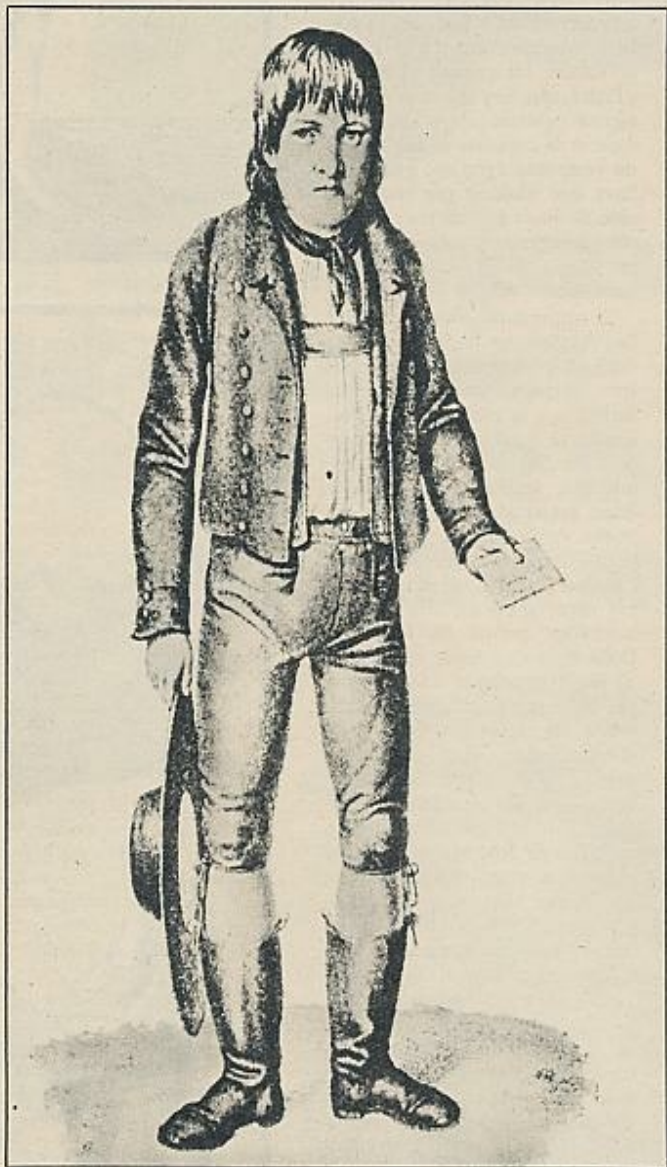
Hay, sin duda, una carga (no siempre inconsciente) política en el tratamiento del tema, una aparición, sin duda, cómica de la bipolarización de izquierda y derecha. No sin ladinis argumentos. La derecha sería partidaria de la idea del predominio de la carga genética: esto justificaría las aristocracias «de la sangre», las desigualdades «naturales», las «castas» y, sin duda, el racismo. Habría señores y esclavos, en estratos incomunicados y sobre todo impermeables.

La izquierda propendería a creer, por el contrario, que todos nacemos iguales y que sólo las diferencias de educación, medio social, familiar, nacional, etcétera, nos harían luego distintos unos de otros. El imperio genético sería invariable y vendría arrasándose durante siglos y milenios, ampliando los círculos concéntricos de los bien dotados —que, como por casualidad, serían los menos: las minorías, las élites, los grupos de poder: los propietarios— y también los de los mal dotados: la inmensa mayoría, el rebaño, la masa, los servidores. La república socio-cultural, en cambio, podría ofrecer la igualdad de todos —por arriba— mediante la creación de factores de cambio, desde la educación del medio al nacer hasta las grandes leyes de educación con designio igualitario.

El peso de lo hereditario

Los últimos trabajos científicos sobre el tema no nos sacan de dudas. Son contradictorios. En Londres, el profesor Eysenck, de la London School of Economics, publica un libro con el título polémico y desafiante de «The inequality of man» (editado por Temple Smith), en el que asegura que el peso de lo hereditario en el hombre es de un 80 por 100, mientras el de los factores socio-culturales es solamente del 20.

UNA POLEMICA IDEOLOGICA ENTRE LA DERECHA Y LA IZQUIERDA SOBRE EL PESO DE LA HERENCIA



En el siglo XIX apareció en Nuremberg un niño desconocido con una carta donde se decía que su nombre era «Kaspar». En su caso, la inculturación, la obediencia al medio, la programación de un ser natural aparecen como un gran designio de insertarle en una sociedad con los papeles establecidos de antemano...

También en Londres, el profesor Herrnstein (de psicología, en Harvard) da unos porcentajes exactamente iguales («I. Q. in the meritocracy», editado por Allen Lane).

Pero simultáneamente otros colegas de Herrnstein en Harvard, los que forman el grupo de trabajo del Centre for Education Policy Research, que dirige Christopher Jenkins, afirma algo muy distinto: que sólo el 45 por 100 de la calidad del hombre está determinada por la herencia y, por lo tanto, el 55 por 100 debe atribuirse a los factores socio-culturales («Inequality», por Christopher Jenkins y otros, The Penguin Press). En todos los casos, la fuente de estudio ha sido las estadísticas, y prácticamente, los datos manejados son los mismos. La variación en las conclusiones es, sin embargo, considerable.

Entre Eysenck y Herrnstein, aun llegando a las mismas cifras, las apreciaciones son bastante distintas. Eysenck ofrece las más «derechistas», si nos permitimos caer en la diferenciación óptica antes anunciada. De hecho, Eysenck ha tenido ya algunos tropezos por esta calificación: un grupo de alumnos activistas de la London School of Economics le golpearon hace poco tiempo, acusándole de fascista y de reaccionario. Ni siquiera le parece que el 20 por 100 de los factores socio-culturales que le quedan sea determinante en algo, más que en lo puramente externo: una forma de hablar, un vocabulario adquirido, tal vez una moda...

Pero aun existiendo enormes cambios de medio, como puede ser el traslado de un niño de su madre natural a una adoptiva, su personalidad puede cambiar (lo cual está en contradicción flagrante con todo lo que mantiene la moderna escuela educadora y de psicología infantil sobre la importancia de la madre en los primeros tiempos del ser).

La escapatoria que deja Eysenck a la situación es la del factor que llama de «regresión hacia la media». Ocurriría que los genes que marcan el código se irían debilitando o perdiendo capacidad y fuerza en las sucesivas transmisiones, de manera que a la larga habría una tendencia general de reducir a los mejor dotados a una situación «standard».

Lo cual puede ser terrible si esta ley se aplica a los peor dotados igualmente: la debilitación de las transmisiones genéticas les



Uno de los casos más conocidos entre los de niños salvajes: el de Víctor de L'Aveyron, sobre el que escribió una memoria Jean Itard. François Truffaut realizó una película acerca de él, a la que pertenece la fotografía...

PABLO BERBEN

arrojaría también cada vez más por debajo de su nivel... Contemplando la humanidad, parece que esta tendencia hacia la idiotización se habría producido ya. ¿O podría ocurrir que por una especie de misteriosa justicia distributiva, por uno de esos equilibrios que a veces se encuentran en lo que llamamos naturaleza, los inferiores genéticos fueran ascendiendo y los superiores descendiendo? Es una eventualidad que Eysenck, indudablemente, no examina del todo.

«Desigualdades que se acentúan»

Herrnstein teme que, por el contrario, las desigualdades se acentúan cada vez más por lo que llama «assortative matings», una especie de afinidades electivas que haría que los bien dotados genéticamente, aquellos con un cociente de inteligencia (IQ) superior, eligiesen consorte entre otros individuos igualmente bien dotados; mientras que por la misma razón, el connubio entre personas de IQ bajo sería frecuente. De esta forma, dice Herrnstein, «las clases sociales no sólo conti-

nuarían, sino que se harían cada vez más sólidamente construidas en razón de las diferencias innatas. En el libro de Aldous Huxley, "Un mundo feliz", la ciencia, malevolente o mal dirigida, creaba los tipos "alpha", los "gamma" y otros diferenciados. Pero la naturaleza por sí misma se encarga (en la realidad) de realizar este trabajo».

Supongamos que la naturaleza hace este «trabajo» desde hace aproximadamente el millón de años que la ciencia considera como posible para la aparición del hombre en la tierra (el pitecantropo de Java, el «hombre de Heidelberg») y nos encontraremos que o bien la diferenciación es muy lenta o bien, como podría ser, existe una amplia equivocación al considerar que los que gobiernan, dirigen o dominan las sociedades y la historia son precisamente los superdotados en nivel mental. Basta con repetir el vistazo a la humanidad en torno reclamado en el párrafo anterior.

Una aportación española muy importante al tema es la de Rafael Sánchez Ferlosio en un libro que acaba de aparecer en Alianza Editorial (Madrid), con el título genérico de «Los niños selváticos». Comprende este libro el bre-

ve ensayo de Lucien Malson que lleva este mismo título (en el original, «Les enfants sauvages: mythe et réalité»), la memoria de Jean Itard sobre Víctor de L'Aveyron (uno de esos niños sobre los que se han construido tantos mitos literarios, como el imposible, racista y fascinante «Tarzán» de Edgar Rice Burroughs) y unos comentarios del traductor de ambos textos, Rafael Sánchez Ferlosio, que aproximadamente ocupan la mitad del volumen; a mi juicio, son más importantes que los ensayos que anotan y traducen, y sólo una excesiva modestia puede presentarlos como complementarios.

Suyo es este párrafo que, naturalmente, nos resume toda la riqueza y la abundancia de su pensamiento —y de su claridad en exponerlo—, pero que puede responder al obligado esquematismo de esta recensión de un tema que no cesa: «De hecho, el concepto de naturaleza humana específica ha sido desde siempre la lanza teórica esgrimida contra las desigualdades sociales y raciales, y, por lo tanto, justamente contra los intereses de la "opinión" (...). A "la opinión" le habría interesado mucho más defender la herencia individual y rebajar, al me-

nos, la específica, disolviendo la especie en castas, condiciones y razas. Por último, sin salirse de la idea de transmisión natural, los intereses podrían haber llegado incluso a enfrentar la transmisión individual y la específica como dos concepciones antagónicas: la individual sería defendida por aquel a quien interesaba sostener que el ser hijo de esclavo imponía la condición de esclavo; la específica, por aquel que, por el contrario, quería defender que de dos esclavos no nacía más que un hombre, capaz de tener entre los hombres cualquier otro papel. Pero la noción de una naturaleza humana universal ha podido convivir durante siglos sin el menor sonrojo entre los príncipes cristianos con la práctica de esclavitud. El argumento "cui prodest?", aparte de ser extrínseco al razonamiento científico, se demuestra inadmisiblemente desde el momento mismo en que se encuentre un solo ejemplo de abierta divergencia entre los intereses y la "ideología", por usar la expresión de quienes se muestran más aficionados al empleo de argumento semejante».

Lo que Sánchez Ferlosio llama «la opinión» ha sido, en literatura, abundantemente aristocrática y genético-individual, desde «La vida es sueño», de Calderón, hasta la «Fedra» de Racine («on ne peut vaincre sa destinée!»), quizá más por un mimetismo de la tragedia griega y una repetición de ideas mecánicas de «los antiguos» (por lo tanto, intocables) que por verdadera reflexión de quienes podrían haber tenido los medios mentales para ello. La fuerza dramática del peso del ambiente sobre el «destino» (con minúscula) del hombre es relativamente reciente: es en literatura de este siglo (la política había comenzado a descubrirla antes, pese a la obstinación de los De Maistre y otros).

Una muestra especialmente ajustada al caso es la de la enormemente importante obra de Handke, «Gaspar», referida a la realidad de un misterioso Kaspar que apareció en Nuremberg en el siglo XIX; obra representada con verdadero alarde de capacidad personal, en España, por José Luis Gómez. En el caso de «Gaspar», la inculturización, la obediencia al medio, la programación de un ser «natural» aparece como un gran diseño de insertarlo en una sociedad con los papeles establecidos de antemano, no como una salvación.